

sólo permiten parodias. Pero no todo académico latinoamericanista se vende. Dante Liano, novelista y crítico guatemalteco que enseña en Italia, ha escrito una defensa sensata y conmovedora de Menchú. Él sabe de qué habla, porque con Gianni Minnà fue el redactor de *Rigoberta Menchú nieta de los mayas* (1998), el segundo tomo de las memorias de la autora en apuros. Ese libro también ha ocasionado polémicas interpretativas, porque su traducción inglesa en ningún momento reconoce el trabajo de Liano y Minnà. Stoll, en cambio, antropólogo *in situ*, sí reconoce el trabajo de ambos colaboradores de Menchú.

Cuando se le preguntó sobre el lío en torno a Stoll a la editorial inglesa, que también publicó la traducción del primer libro de Menchú, contestó: «Los que han trabajado con culturas orales similares nos dicen que la distinción entre lo que le ha pasado a uno y lo que le ha pasado a parientes o amigos se pierde fácilmente». Liano, de cuya integridad intelectual y total honestidad muchos podemos dar testimonio, sabe que hay académicos latinoamericanistas progresistas (por creer en su propio progreso) que han visto en las maniobras angloamericanas una manera de figurar o relativizar el asunto. El oportunismo en torno a la pobre rica Menchú tiene un paralelo en la actitud hacia el género en que se inscribe y escribe. Mezcla de fin de siglo, en que novela, ensayo e historia pueden ser lo mismo, el testimonio ha terminado sirviendo más a los que lo estudian que a los que lo escribieron. Esa condición postmoderna nunca nos permitirá ver los verdaderos cuadernos de doña Rigoberta, y ella lo sabe, y tal vez con razón los siga escondiendo.

En los tres lustros que han pasado desde la publicación original, Menchú y su primer libro se han convertido en pararrayos y semáforo de lo políticamente correcto, en la nueva visión de lo que se entiende por «literatura». Ese relativismo ha pasado a campos igualmente desafiados como la antropología, ciencia política, estudios de mujeres e historia latinoamericana. Pero no en Hispanoamérica o España, sino sobre todo en Estados Unidos. Allí se ha querido pasar la obra como representativa de una autora que ha ganado el Nobel, de literatura y economía. Es lectura obligatoria de ciertos cursos académicos, y Rigoberta sabe que su testimonio ha sido la fuente de inspiración de miles de artículos académicos y trabajos afines. Pero no parece saber o querer admitir que son lecturas que se desbordan en cierta mirada populista de lo indígena, sin lograr escaparse de la condescendencia, paternalismo, ingenuidad y conceptualización utilitaria del otro. Precisamente por operar con nociones hiperteorizadas de lo letrado y lo popular esas lecturas no hacen otra cosa que invertir el más elemental revisionismo cultural, volviendo a ubicar al indígena en el lugar del que pre-

suntamente lo quieren sacar. Entre los simpatizantes de Menchú nadie se esperaba el dilema actual. Es cosa de novela y novelistas.²

Como vengo arguyendo, otra verdad mayor es que pocos han leído ese testimonio, ahora novela, en América Latina; y en el largo artículo del *New York Times* se dice que en Guatemala casi nadie lo hace, a pesar de reconocer a Menchú y su máquina publicitaria. Todo esto lo vengo reconstatando desde fines de 1998 en recortes, artículos, entrevistas y notas recientes que una amiga guatemalteca me hace llegar desde su país. Si en su primer libro Rigoberta admite que tiene «secretos», y más de un académico ha construido carrera, casa y hasta infamia debido a esos secretos, la verdad es que los misterios que guardaba Rigoberta son más graves de lo que se pensaba, y se los puede ver como una revancha doble del indígena contra su intérprete.³ Es cosa de telenovela, pero sobre todo de la culpabilidad y odio a sí mismo que el privilegiado construye en su mente y para su mentalidad.

Esa es la gran diferencia entre Menchú y sus intérpretes, darle un sentido a la realidad. Lo que no se discute en la novelización de la polémica sobre ella y sus libros es que sus intérpretes han contribuido a oscurecer más que explicar lo que ven como una antología de varia victimología. Al ver el empleo de lenguaje denso como una manera de luchar contra el poder «conservador» no hacen otra cosa que subirse más alto en su torre de marfil. Es triste entonces que las obras de una indígena como Menchú y un indigenista como José María Arguedas ilustren el antagonismo que sigue dividiendo no sólo a los escritores hispanoamericanos sino a sus intérpretes. Menchú y Arguedas querían hacer otra cosa muy sana: amar al indígena en países donde las clases dominantes se especializan en explotarlo continuamente. Pero como muestra Vargas Llosa respecto al último en *La*

² Y también de críticos, según probó hace poco en estas mismas páginas Juan Francisco Maura, «La historia verdadera de la conquista de la Nueva España: una visión política y poéticamente correcta», Cuadernos Hispanoamericanos 582 (diciembre 1998): 59-66. Un panorama más extenso del alcance de cómo ciertos críticos literarios y teóricos sociales están asesinando el pasado se encuentra en Keith Windschuttle, *The Killing of History*, 2da. ed. rev. (New York, The Free Press, 1997). Para el ambiente estadounidense y cómo las agendas sociales corrompen el estudio actual de las humanidades el texto más completo y polémico es el de John M. Ellis, *Literature Lost* (New Haven, Yale University Press, 1997).

³ Entre 1992 y 1993, acabada la guerra fría y Rigoberta convertida en celebridad, se nota cierto cambio en su discurso. Stoll atribuye a ese momento el abandono de algo que ella nunca quiso reconocer totalmente: su apoyo a la revolución violenta. Así, en octubre de 1992 se le pregunta si simpatiza con la guerrilla, y contesta: «Bueno, así de simpatizar yo pienso que no, o sea el hecho de lo que yo reconozco es que hay un conflicto armado» [¿?] (79), en Ricardo Rocha, «Rigoberta Menchú», *Conversaciones para gente grande, I* (México, D. F., Aguilar, 1993), 73-84. Pero su discurso utópico no cambia, lo cual se nota en dos textos de la época: «El V centenario para nuestros pueblos indígenas», *Lo propio y lo ajeno*, ed. de Eva Karnofsky et al. (Montevideo, Instituto del Tercer Mundo, 1992), 105-113; y «Año internacional de los pueblos indígenas», *Encuentros [Washington: Centro Cultural del BID] 3* (Diciembre 1993): 3-8.

utopía arcaica (1996), el indigenismo también ha sido usado para cultivar el jardín nacional y la interpretación mentirosa que no ve el bosque por los árboles.

Cualquier bien pensante defendería la aserción que la generalizada realidad indígena es deplorable, y reconocería que Menchú disminuyó el poder castrense. Por eso ella sólo tiene parte de la culpa del dilema actual. Al seguir aceptando invitaciones de los políticamente correctos a defender algo que ni ella ni ellos pueden precisar, la interpretación correcta de seres humanos, no conceptos (me dice Javier Váscquez, un amigo novelista), establece un mal precedente respecto a la verdad y la memoria postmodernas. Pero de lo que no tiene la culpa es de que tantos estadounidenses y europeos, y su prensa, nunca hayan cuestionado su veracidad. Ella y su historia simplemente se dieron en un momento histórico en que cuestionar al «otro», sobre todo si era indígena, era abusivo y políticamente incorrecto. Era el momento en que pasamos «del buen salvaje al buen revolucionario», según la fórmula de Carlos Rangel, o al momento de la compasión como desprecio, según Pascal Bruckner en *Le sanglot de l'homme blanc*, que se publicó el mismo año que el primer libro de Menchú. Ojalá algún usurpador mercantil fuera lo suficientemente honesto como para decirle a Rigoberta que deje de permitir que sus presuntos protectores escriban sus novelas, especialmente cuando son castrenses, a su manera.